

Una derecha civilizada

NO dejaré a nadie que ocupe el centro", declaraba no hace mucho, con talante de jaque, Fraga Iribarne.

Y ahora, en el "centro", el embotellamiento.

En cambio, lo que sí parece haber conseguido Fraga es que la derecha no la ocupe nadie más que Alianza Popular. Que ha debido apertar el espacio de la derecha, a juzgar por la impetuosa vocación centrista de hombres como Areilza, Cabanillas, Monreal Luque, Joaquín Garrigues, etcétera, piezas maestras de la máquina electoral exhibida el domingo en el Palacio de Congresos y Exposiciones de Madrid con el nombre de Centro Democrático.

Era el acto de clausura del primer Congreso del Partido Popular, pero la ceremonia de clausura se transformó en la de inauguración de la máquina electoral. Todos sus engranajes estaban bien visibles: Joaquín Garrigues, Manuel Clavero, Jiménez Mellado (en representación de Monreal Luque), Oscar Alzaga (en representación de Álvarez de Miranda), Osvaldo Nieto (en representación de Enrique Larroque), Ignacio Camuñas, Luis García San Miguel, y, sentado todavía en el borde de la silla, Francisco Fernández Ordóñez, con Areilza y Pío Cabanillas oficiando como ejes. La máquina salió de allí bien engrasada, con el entusiasmo y el triunfalismo por lubricantes.

Los cociditos y otras ollas podridas de las coaliciones electorales en curso de formación han suscitado menos sarcasmos que la "sopa de letras" formada por los innumerables partidos surgidos en su mayoría tras la muerte de Franco.

La "sopa de letras" utilizada en esta operación electoralista (PP, UDE, UDC, PPDC, PL, FPD, PDP, ASD y BSD), ha dado como resultado combinatorio un nombre sorprendente: el de Centro Democrático.

Si se hubiera utilizado un método menos manual o menos manipulador, si se hubiera usado una computadora, con inclusión en ella de todos los datos de los componentes —biografías, intereses de clase con su traducción ideológica, etcétera—, es seguro que la ficha resultante hubiera escupido el nombre de **centro** como un error y asignado a la coalición el que le corresponde realmente, el de **derecha "civilizada"**, adjetivo insólito en otras latitudes, pero no aquí.

La paradoja de Fernández Ordóñez y otras paradojas

En su presentación a la prensa del Bloque Socialdemócrata, efec-

tuada el pasado jueves en Madrid, Francisco Fernández Ordóñez decía haberse decidido a negociar su inclusión en el Centro Democrático por rehusar figurar en una falsa izquierda, en una especie de socialismo amarillo. La paradoja de Fernández Ordóñez es que ésta su honradez política, que le ha determinado a rechazar el juego en una falsa izquierda, le lleve a figurar en un falso centro. La afirmación hecha por Fernández Ordóñez en la citada rueda de prensa de que con él y su grupo, el Centro Democrático no podrá ser una formación de derecha es poco convincente, por-

nunca ha estado contra el **Reigmen**, aunque he mantenido posiciones fuertemente críticas hacia aspectos del mismo". Sobre esta cuestión, Franco ha dejado una apostilla, en sus conversaciones con su primo, Franco Salgado, que ha debido escocer a Areilza.

La computadora habría procesado estas y otras declaraciones así como hechos tales como el de que Areilza no dimitiera tras lo de Montejurra ni Pío Cabanillas ante la ejecución de Puig Antich, etcétera. En cuanto a Monreal Luque, también ex ministro de Franco, y a Joaquín Garrigues Walker, ¿puede haber du-

Miguel Salabert

que, o bien revela una sobrealvaluación de su peso en la coalición, o bien hace tabla rasa de la marcada significación derechista, pasada y presente, de los más conspicuos miembros del PP, UDE, FPD, etcétera. En efecto, un hombre como Areilza no ha nacido de la última lluvia, y, sin necesidad de hurgar en su pasado lejano, cabe recordar declaraciones tan claras como las que hizo a Juan Luis Cebrián, en "Informaciones" (19-R-1077): "Soy conscientemente un hombre de derechas, porque defendiendo los intereses las ideas y el modelo de organización económico-social de la derecha en el mundo occidental". Y también: "Yo puedo decir que

das acerca de la vinculación de ambos con el gran capital y de sus consecuentes adscripciones a la derecha?

Por relativa que sea en política la noción de centro, no lo es tanto como se quiere hacernos creer, usando abusivamente para ello de referencias no válidas. Así, al igual que para Fraga si Blas Piñar no existiera habría que inventarlo, aun cuando ya disponga de Fernández de la Mora, para los Areilza, Cabanillas, Monreal, etcétera, si Alianza Popular no existiera habría que crearla. Pues en ella es donde el Partido Popular ha ido a buscar su patente de centrismo y en la que ha hallado algo más importante

aún; un prejuicio favorable al Centro democrático por él forjado, como factor de concentración electoral de Alianza Popular, cuyo peso había sido excesivamente magnificado. Como tal vez lo está siendo actualmente el del Centro democrático, al que se le augura ya fantásticos porcentajes electorales, basándose en la previsión de que el Gobierno va a subirse al carro del CD y en la creencia, al parecer muy generalizada, de que el país además de ser tonto es de derechas.

El triunfalismo que sudaba por todos sus poros la ceremonia de clausura del Congreso del Partido Popular parecía vender la piel de la izquierda antes de cobrar la pieza. Tal vez las declaraciones derrotistas proferidas en la víspera por Tierno Galván cuyo pesimismo empieza a recordarnos el de Indalecio Prieto, contribuyeran a ese clima de euforia con que terminó el Congreso. Pero significaba también dar a entender que ni Ruiz-Giménez ni el coriáceo Gil-Robles, nada dispuesto a casarse con "marranos" o conversos de nuevo cuño, se van a comer un roscón en las elecciones. Claro es que esto preocupa menos a los promotores del Centro Democrático, pues como dijo Areilza, "Si no pactamos antes con los del Equipo Demócrata Cristiano, pactaremos después, en las Cortes".

Se habló mucho de clarificación política a lo largo del Congreso. Lo que no se dijo es que la clarificación política, tan necesaria en un país sometido a cuarenta años de hibernación, debería comenzar por la nomenclatura de los partidos políticos. De hacerse así, ni el Centro Democrático se llamaría centro, ni el Partido Popular, popular, a menos que se saquen las palabras de quicio. En todo caso, a uno, ingenuo de nación, se le hace difícil comprender que un hombre como don José María de Areilza, conde de Motrico, autor de esta declaración: "Yo estoy convencido de que el porvenir de España se resolverá si se pusieran de acuerdo cien personas —y quizá diga muchas— sobre determinados temas esenciales" ("Informaciones", 19-4-75), sea vicepresidente de un partido llamado popular. "No tenemos miedo al pueblo", dijo Areilza el domingo.

Lo decía aquí en TRIUNFO (número 730) Crescencio García, obrero jubilado e hijo de Cuenca: "Que se presenten a las elecciones todos los que quieran, pero que lo hagan dando la cara, sin careta, cada uno como lo que es". Lo decía otro García, Lorca: "El barco sobre la mar y el caballo en la montaña". Lo dice mi madre: "Cada cosa, en su sitio". Y lo dice el pueblo: al pan, pan, y al vino... Como locos.



"No creo en las posibilidades del centro-izquierda", dijo Fernández Ordóñez, al anunciar sus negociaciones con el Centro Democrático.

1^{er} CONGRESO DEL PARTIDO POPULAR



"No podemos inhíbimos, quedemos en casa, en estos momentos", dijo José Luis Alvarez al abrir el Congreso.

Pero está visto, y esta es otra paradoja, que la voz del pueblo no llega a los partidos "populares".

"Somos el partido de España"

La clausura del primer Congreso del Partido Popular, "el partido de España", en frase de Emilio Attard, estuvo precedida de la actuación coral de los miembros de la coalición del Centro Democrático.

Osvaldo Nieto, del Partido Liberal, opuso dos rotundos noes al continuismo y al colectivismo marxista.

Ignacio Camuñas, del Partido Democrático Popular, se manifestó convencido de que el Centro Democrático va a tener un gran éxito electoral frente "a las otras dos alternativas", pues aquí, dijo, no hay ni centro derecha ni centro izquierda. "Sólo hay tres proyectos: el de nuestros amigos de la Alianza Popular (algunos congresistas se les ve el plumero al prorrumpir en un aplauso, pronto acallado por gritos indignados); el nuestro y el socialismo". Camuñas dijo que "los marxistas han penetrado en los organismos vivos de la sociedad" y que el Centro Democrático debería hacerlo igualmente para poder conquistar no sólo el Estado, sino también la sociedad.

Luis García San Miguel, de la Agrupación Socialdemócrata, se preguntó qué hacía allí él. "¿Por qué un hombre como yo, que ha sido antifranquista de toda la vida, socialista y ahora más moderado, está en el Centro Democrático?". Porque sólo Alianza Popular y la Democracia cristiana —dijo— pueden montar una maquinaria electoral, que le está vedada a la socialdemocracia. "Estoy aquí, pues, por razones de eficacia". Porque el Centro Democrático es también capaz de montar esa maquinaria. "Cuando se alquila en común un medio de transporte —añadió—, algo del cargamento de cada uno se queda fuera, claro, pero...".

Los argumentos del compañero de viaje socialdemócrata no causaron mucho entusiasmo en la asamblea, pese a que terminara expresando su seguridad de que el viaje terminaría en el triunfo electoral.

Oscar Alzaga, del Partido Popular Demócrata Cristiano, afirmó que el Centro Democrático es "la gran operación que viene a llenar el desierto civil". Anticipó también el parte de victoria, al igual que Jiménez Mellado, de la UDE, y Manuel Clavero, del Partido Social Liberal Andaluz.

Joaquín Garrigues, de la Federación Popular Demócrata Liberal, declaró que el Centro Democrático, bloque compacto "sin alas de izquierda o de derecha, es el más indicado para hacer la única revolución que queda pendiente en España, la de la libertad".

Se esperaba con más expectación la intervención de Fernández Ordóñez, que se halla negociando en estos días la inclusión de su bloque socialdemócrata en la "coalición humanista-cristiano-demócrata-liberal". Se le notaba incómodo. Lo cierto es que Fernández Ordóñez dejó traslucir una cierta inquietud al decir que esperaba que el Partido Popular compartiera su preocupación por la necesidad de transformar profunda y realmente la sociedad, con sinceridad y sin demagogia.

Areliza calentó a la asamblea al dirigirse por encima de ella al Gobierno para pedirle que proclame inmediatamente la convocatoria de las elecciones en respuesta al desafío de las "fuerzas que han ensangrentado villanamente las calles de Madrid... Hay quienes están capitalizando el miedo porque creen que eso les va a dar votos". Areliza exigió elecciones libres y sinceras. "Si no se elimina de forma rotunda y clara la presencia del movimiento-organización, con sus ficheros, su burocracia, sus agentes y sus caciques, no habrá elecciones limpias en España y nosotros no concurriríamos a ellas".

(Luego, en la rueda de prensa, atenuaría algo el alcance de esta declaración, precisando que no se había referido a la supresión del Movimiento, sino a su hibernación o neutralización.)

Areliza dijo que el Centro Democrático irá a las elecciones con el compromiso público de que en las Cortes sus elegidos no reharán "los caducos pilares del franquismo, sino una Constitución nueva y democrática". Y propuso a todos los partidos un pacto de honor contra la violencia, la difamación y la calumnia. Terminó afirmando, en medio de una gran ovación, que su partido asume la monarquía como forma de gobierno idónea y que si ésta consigue la democratización del país no necesitará de otra legitimación.

Por último, Pío Cabanillas, elegido presidente del partido, cerró el congreso con un discurso en el que lo más destacable fue la afirmación de que la estructura federal de que se ha dotado el Partido Popular refleja el reconocimiento del poder regional, "sin que ello deba alterar una unidad conquistada por los siglos y que llevamos en el corazón".

Los obreros del Partido Popular

La exhibición de la máquina electoral del Centro Democrático eclipsó al Congreso del Partido Popular. Sin embargo, el Congreso, con participación de unos ochocientos miembros, llevó a cabo sus tareas. Se nombró un comité político de veinticinco miembros, con Pío Cabanillas como presidente; Areliza y Attard, como vicepresidentes, y José Luis Alvarez, Ortega Díaz Ambrona y J. P. Pérez Llorca, como secretarios.

Se delimitó como aguas de pesca electoral el espacio comprendido entre "los que saludan con la mano en alto y los que lo hacen con el puño cerrado".

Pérez Llorca dijo que el PD es un partido integrador, al haber amal-

gamado a miembros de la oposición con los que han colaborado con el poder. Con este motivo, Pérez Llorca afirmó: "Somos el primer partido de España que ha enterrado el cadáver de la guerra civil". Como si la política de reconciliación nacional no tuviera ya más de veinte años de existencia.

Se insistió mucho en el carácter interclasista del partido, que por lo que allí pudimos ver y comprobar está integrado en su mayor parte por empresarios, funcionarios, médicos, abogados, economistas, ingenieros. Pero alguien nos dijo que había allí también unos obreros.

—¿Obreros?

—Sí, de los que tienen callos en las manos.

—¿No los habrán alquilado? —le pregunta, impertinentemente, un fotógrafo al congresista.

Los vi. Primero a dos. Luego, por la tarde, a unos seis o siete, venidos de Valencia. Los dos primeros son de Madrid, de la Chrysler. A mis preguntas acerca de las razones que les habían llevado a adherirse al Partido Popular, me respondieron confusamente diciéndome que "los partido obreros engañan a la clase obrera" y que sus dirigentes "son unos burgueses". A la pregunta de si Areliza y Cabanillas defenderían mejor, en su opinión, los intereses de los obreros, farfullaron una respuesta evasiva, antes de decirme que no eran miembros del PP, sino observadores. Pero por la tarde uno de ellos, Juan Gil, se hallaba en la mesa de la ponencia social, con su distintivo del PP en la solapa, afirmando que la empresa es una comunidad de intereses. Los obreros de Valencia me sobresaltaron particularmente, al levantarse uno de ellos para decir que la huelga es un cáncer que hay que extirpar y que hay que sustituir por el método japonés del brazalete rojo como indicador de alarma sobre el descontento de los trabajadores. "En Japón, cuando el patrón ve el brazalete se echa a temblar, y la cosa acaba siempre por arreglarse". En la fábrica de plásticos en que trabajan estos obreros de Valencia se está aplicando el sistema japonés. Le pregunto a uno de ellos por qué es del PP, y me dice que él y sus cien compañeros, de los que unos sesenta habían venido al Congreso, aunque no estuvieran allí en ese momento más que seis o siete, hacían lo que les dijera "el amo".

—Pregúntele al amo, él es como nuestro padre.

Me presenta al amo, don José Sancho García, doctor ingeniero del ICAI, quien me explica el sistema de paz social instituido en su fábrica, entre señales de asentimiento de sus trabajadores.

—Somos una gran familia —dice don José.

Una gran familia interclasista. Afortunadamente, el PP no comparte las tesis de estos obreros sobre la huelga. Pues, al parecer, es una derecha civilizada. ■ M. S.